

---

IX

Todavía á estas horas, pasados algunos años de la catástrofe, ni misia Loreto ni don Navigio se explican la actitud de Flora al enterarse de cuanto descubriera su padre aquella mañana, ni se dan cabal cuenta del desenlace de sucesos que, en apariencia, tan poco la afectaban y en realidad la libertaban de un yugo que decía aborrecer tanto; porque si le quería, ó al menos interesábase algo por *él*, tuviese puesto en *él* su amor propio, únicamente, ó sus esperanzas, no acogiera la noticia con risotadas, invectivas y demostraciones de poco aprecio y complacencia; y, si no le quería, no cayera luego en aquel abatimiento entremezclado de lágrimas y suspiros.

¡Extraña criatura! obscura nebulosa que no acabaron nunca de esclarecer ni el padre, ni la madre, ni persona alguna. ¡Alma que no amó, jamás será comprendida! Recuerda misia Loreto, sin embargo, que entre estos dos estados psíquicos expresó Flora, con los ojos nada más, pues ella la tapó la boca con el gesto de repulsa acostumbrado, la idea suya tenaz, idea sajona y extravagante que la tenía perturbada; y luego de convencerse que, resueltamente, ni el padre ni la madre la daban apoyo, cambió la risa en lágrimas y en suspiros la algarazara.

¡Criatura extraña! El descubrimiento de D. Navigio, revistiendo de certeza lo sospechado, era la libertad personal, la emancipación del hombre odiado... pero era también la vuelta á la calle de Río Bamba, el reinado perpetuo de la escoba y el plumero, los entre actos de señorío intolerables, el sainete burlesco, delantal y sombrero, sala y cocina, miseria efectiva y riqueza mentida... Entre ambos extremos, y alrededor de

aquella idea sofocada, ¿no se encontrará la causa de su actitud, que á estas horas, después de tanto tiempo de la catástrofe, buscan aún los padres sin éxito?

Cuando la vió llorar, cuenta misia Loreto que la preguntó si era por *él* ó por qué, y ella se volvió iracunda:

—¿Por *él*? ¡jamás!

No añadió palabra, y dejó que la obesa señora desahogara su indignación contra el corrompido que de tal manera se negaba á ser su yerno, y entablara con D. Navigio el consejo que exigía tan grave acontecimiento; se encerró en su habitación, y lo primero que hizo fué zambullir la cara en la palangana, enjabonarla, restregarla y lavarla tan concienzudamente como lo pedían para borrarse las malas señales del afeite cotidiano; destripó en seguida el peinado, sacando cuanta mota y añadido rellenaba su cabeza, y, suelto el pelo, á trechos rubio, á trechos castaño, con blanqueo de canas nacientes en muchos sitios, corrió á contemplarse delante del paje, tal cual era, tal

como estaba decidida á parecer en adelante, con todos sus años encima, sin disfrazarse ni restarse uno solo, ya que la conquista del hombre no lo demandaba. Arrugas, patas de gallo, todo salió á la luz, y mostróse contenta de verse así, mujer madura que renuncia á la vanidad y dignamente acata los fallos de la naturaleza.

Recogió el cabello sencillamente sobre la nuca, enganchándolo en una horquilla de concha falsa, y procedió luego á lo que bien puede llamarse un auto de fe, aunque el fuego no fuera el elemento con que se dió horrible muerte á tanto inocente; pues apoderándose de la blanca botella que contenía la preciadísima leche de rosas, la descorchó y la tiró de cabeza al cubo; unos botes de cristal, enanos, con marbetes muy pintaditos y dorados, llenos de no sé qué untuosa materia sonrosada, cayeron en lo profundo del mismo recipiente, y tan triste fin sufrieron asimismo otros frascos larguiruchos, y una cajita de cartón, y un pomo de estaño, y varios objetos semejan-

tes de la farmacopea de tocador; la mascarilla padeció el suplicio de las tijeras y murió destrozada, en venganza de la pegajosa intimidación con que se la había honrado y del tironeo insufrible con que pagaba tamaño honra, hurtándola el sueño por el servicio de estirar la piel y engañar la vista... ¡Hecatombe espantosa! la única que se salvó de su furor iconoclasta contra aquellos, en cierto modo, dioses conservadores y benéficos de la belleza femenina, fué la polveta, que siguió, sin temor ni peligro, presidiendo el lavabo, rechoncha, lustrosa, ceñido el cuello de marfil por una cinta azul.

Hecha la matanza, Flora paseó por la habitación, según costumbre, y habló consigo misma; lloró en una butaca, no de remordimiento por lo que había hecho, seguramente, y se asomó á la ventana á mirar el paisaje á través de la niebla cuando se cansó de llorar, de pasear y de decirse siempre las mismas cosas.

Su madre la llamó para bajar á almorzar, y contestó que no tenía ganas. Y no bajó,

ni almorzó, ni probó más que unos tragos de caldo, y eso porque D. Navigio vino con la taza á dárselos él mismo y misia Loreto la suplicó que los tomara. En el comedor la echaron muchos de menos, según decía la señora; las cuatro Asnabales la enviaban recados cariñosísimos; D. Valentín, siempre atento y cortés á la antigua, la escribió un papelito deseándola alivio; el Gobernador preguntó por ella, entre los postres y el café, con interés realmente digno de agradecimiento, y *él, él*, se acercó á D. Navigio para enterarse si sería cosa de cuidado... ¡Quién sabe! tal vez las tonterías que dijo carecían de importancia y hasta de sinceridad; vaciedades que el mal gusto pone generalmente en boca de los hombres, amigos de hacerse valer. Una explicación, una explicación oportuna...

—¡Una explicación!—exclamó Flora;—sé lo que deseaba saber; no me doy por desengañada, porque engañada no estaba... No hablemos más.

Y no se habló más, con miedo D. Navi-

gio y misia Loreto que le acometiera una de aquellas crisis en que, si no perdía la chabeta, lo parecía, tantos eran los desatinos que se la ocurrían, más formal que si predicara verdades y sentencias de los Santos Padres. No se habló más, sino de los preparativos para la marcha; apenas se atrevió misia Loreto á insinuar que debería *arreglarse* un poco la cara y el pelo, pues á lo mejor subirían los amigos de visita, insinuación que Flora no tuvo á bien contestar, como si aquello de arreglar lo fatalmente desarreglado le supiera á necedad é impertinencia nunca oídas; y estaba misia Loreto tan quebrantada de ánimo, que no insistió, de lo que bastante se ha arrepentido más tarde.

Apenas si recuerda la pobre señora lo que pasó en el resto del día. Que no subió nadie á verlas, y con nadie habló Flora, está segura; con nadie, ni con ella. Andaba suspirona, y ya asomada á la ventana, ya sentada, la vió llorar varias veces y restregarse los ojos sin el cuidado que ponía co-

múnmente para evitar la irritación que los afeaba; ya febril, ya perezosa, despojar el armario y llenar de ropa las maletas, que desordenaba luego retirando cada pieza, en un desconcierto de su voluntad alarmante: así hasta que la campana de la comida dió los tres toques de rigor.

—¿Vas á bajar?—preguntóle tímidamente la madre.

—Sí, mamá.

Marchóse misia Loreto, satisfecha de esta respuesta, y procedió á la complicada operación de su tocado, en lo que tardó media hora escasa, á pesar de las dificultades que suponía la falta de ayuda necesaria para la buena disciplina de corchetes, plegados, lazos y alfileres, y al tornar á la habitación de la hija encontróla como antes: mirando, sentada, la bombilla de la luz eléctrica.

—Pero, ¿no te vistes, Flora? ¿no vas á bajar?

—Sí, mamá.

—Date prisa; son las tantas. Abajo te esperamos.

—Abajo te esperamos—repitió D. Navigio, metido tan orondo dentro de su *smoking*.

—Ya bajo—repitió Flora, poniéndose súbitamente de pie;—tengo que hablar con el Gobernador.

¡Con el Gobernador! ¿y qué mensaje urgente era ese? ¿qué cosas iba á decirle? ¿Qué cosas? muchas cosas importantes, de positiva necesidad; mercedes que sólo pueden otorgar los que mandan. Desde que llegó á Marplatina le molían todos con pedidos, solicitudes, recomendaciones; la única que no le había echado el memorial correspondiente era ella, por cortedad y vergüenza de su fingido rango. Decía *fingido* mirando á la madre, cruelmente, con paseo de los ojos calenturientos por todo el largo y lo ancho de su persona vestida de seda, y asaeteando, de soslayo, el correcto empaque de D. Navigio.

Sí, estaba decidida á hablar con el Gobernador, y su primera frase sería ésta:

—Señor Gobernador, aquí está una don-

cella menesterosa que viene á solicitar la gracia de un don...

—Adiós mi dinero—exclamó D. Navigio;—¿pataleta tenemos?

—¡Flora de mi alma!—dijo misia Loreto muy afligida.

Y Flora soltó la rienda á los nervios desbocados; increpó y suplicó á la vez, pasando sin transición de una fase á la otra de su crisis histérica.

—¡A ver! ¿por qué no dejarme hablar con el Gobernador? ¿sabes tú, mamá, sabes tú, papá, lo que pienso yo decirle?... ¡Ay! ¡es que ya no hay quien la quiera á una en el mundo! todo es contrariar y empujar al límite de la desesperación... ¡Si no estoy loca!... No, mamá, repito que no sabes lo que voy á hablarle...

Y lo que deseaba pedir al Gobernador, ¡si no la dejaban explicarse!, lo que deseaba pedirle era el nombramiento de maestra en una escuela de La Plata ó de la provincia; con estudios suficientes para la tarea, sentíase capaz de desempeñarla á maravilla; y

si no parecían suficientes, porque la ley los exigiera más extensos para alcanzar el diploma, dispuesta estaba á proseguirlos hasta alcanzarlo; total, tres meses, seis meses, y como premio la paz en el trabajo, noblemente conquistada, y el pan seguro... ¿También juzgaban esto un disparate? ¿había de cerrarse también este camino á la señorita de Soto? la señorita de Soto, por ser tal, y no habiendo encontrado el hombre que la mantuviera, ¿estaba, pues, condenada á morir de miseria? ¿no había de romper una sola de las ligaduras que la inmovilizaban é inutilizaban?... El padre se encogía de hombros; la madre sonreía con lástima. Pues, las rompería todas, daría suelta á su voluntad, recuperaría el libre ejercicio de sus facultades, de todas, de todas sus facultades; sería una mujer, no una muñeca, un sér consciente, soberano; como había arrojado y destruído los torpes restauradores de su juventud y de su belleza pasadas, echaría de sí, apartaría, costárale el esfuerzo que la costase, la montaña de prejuicios

bajo la cual se empeñaban en sepultarla, y la señorita de Soto, decaída de su grandeza social, pero conservando entera su altivez, trabajaría, viviría haciendo uso de sus manos y de su inteligencia, como el varón más fuerte, en vez de rebajarla á la indigna labor de fingir encantos y fingir riquezas, y siempre fingir lo que no se tiene ó se perdió, para la conquista utópica de una bestia de carga...

—Cálmate—intervenia misia Loreto entristecida;—ni tu padre ni yo nos oponemos á que hagas esas cosas que dices y á que hables al Gobernador y te pongas de maestra... y hasta de niñera. No me burlo, no. La mujer que quiere trabajar, no la falta en qué. Lo difícil es que á la señorita de Soto la tomen á lo serio sus propósitos... pero, ya arreglaremos esto. Ahora, tranquilidad y tila, antes de bajar al comedor. Voy á traerte una tacita. Después pensaremos despacio y obraremos de acuerdo contigo, siempre de acuerdo.

—Que se acueste—aconsejó D. Navigio,

que había escuchado la tirada de su hija paseando y sin chistar;—que se acueste, y la pones unos fomentos de agua sedativa. Y como para realizar sus proyectos no es menester faltar á lo que las reglas nos obligan, que tenga cuidado con lo que al Gobernador le dice, porque él mismo va á dudar de su buen juicio y se quedará sin escuela... Maestras sin escuela hay muchas; pero sin cabeza, ninguna... ¡Ligaduras, ligaduras! ¿las encontrarás más apretadas que las mías, tan apretadas que ya me ahogan?

Flora, estremecida por el sacudimiento nervioso, temblaba en la butaca en que se había acurrucado, interrogando al padre y á la madre con los ojos febriles, y murmuraba, en son de comentario á las exhortaciones paternas:

—¡Bueno, bueno!

¿Amenaza? ¿resignación? Después calló, sombría. Misia Loreto no comprendió nada, ni el retintín de la frase; tal vez á estas horas no lo ha descifrado tampoco, que su entendimiento no ahonda más allá de la su-

perficie de las cosas, y sólo en el campo de la frivolidad espiga y recoge la paja de las ideas; pero se acuerda muy bien que, desentendiéndose de ello, la trajo la taza de tila, y con el auxilio de D. Navigio logró que tomara hasta la última gota y les prometiera tranquilizarse, aviarse en seguida y bajar al comedor, donde la esperarían; y como á los niños se les adormece con la promesa de bonitos juguetes, D. Navigio la juró que hablaría él mismo con el Gobernador y se encargaba de asegurarla lo de la escuela, pues había muchos para un trompo, y en esto de los empleos al que madruga el Gobierno le ayuda.

En todas estas andanzas, hubo de descubrir misia Loreto rastros patentes y denunciadores de la hecatombe farmacológica, lo que la alarmó en demasía, convenciéndola que á Florita se la había aflojado un tornillo, sino dos... Pero aún tuvo humor, viéndola tranquila, de bajar tan compuesta, y devota siempre de las apariencias, con devoción fanática digna de mejor y más alto

objeto, sonreír á todos en el comedor, ocupando ruidosamente con D. Navigio su mesa habitual, que era la segunda de la izquierda, junto á la tercera ventana. En la próxima, sentado estaba el solitario Casuso, de nivea pechera correctísima; en la siguiente, D. Gustavo; en la de más allá, la familia entera de *la del Copete*... y en la primera del centro, agrandada y florida para la circunstancia, D. Gabino y su prole con los Schlingen, marido y mujer, los tres Kondriafskoff y Rómulo Pares, de convidados. Deslumbraba el teatral comedor con la exposición de trajes, cuarta ó quinta de la serie del día; los dorados y las luces; los peinados artísticos; los prendidos riquísimos; el estiramiento de las pecheras y de los bustos; y al par de todo esto, la música, que distrae el ánimo y le obliga á dar libertad á la economía para que repare en paz lo gastado. Luego, el concierto de la plata, del cristal y de las flores, risas y frases en todo momento, la alegría del lujo en desborde, la satisfacción de la hartura...

Puede decirse que misia Loreto, cual su vecino Casuso, en éxtasis siempre delante de su cubierto, comía con los ojos; en mirar, en curiosear, pasábasele el espacio de un plato al otro, sobre todo aquella noche, que por amargos motivos y tener enfrente á la dama rusa y á Adelaida Paso no probó bocado. Misia Loreto habrá olvidado otros detalles; pero del vestido color salmón de Adelaida y del brochado de la rusa se acordará mientras viva, así como de la mariposa de pedrería que llevaba aquélla posada sobre el hombro, ¡qué mariposa! y los anillos de los dedos, engarzados en luz y torpes de tanto peso, que en ocasiones, y aunque parezca un contrasentido, la riqueza estorba. Sonreía á todos misia Loreto, disfrutando de su felicidad momentánea con ansia; á las cuatro Asnabales, que, como cuatro rosas de Jericó, la dirigían saludos afectuosos y mudas preguntas, participaba que Flora bajaría muy pronto, restablecida ya de su jaqueca; y D. Navigio despachaba telegramas, con los brazos y la ca-

beza, allá, al fondo, á la mesa en que el señor Gobernador llenaba su barriga con generosidad oficial.

La algazara de la mesa de D. Gabino, con los agudos de las muchachas y los mugidos del papá, era escandalosa; reía á reventar el bienaventurado D. Federico, y más comían que hablaban los de las efes, y más hablaban que comían la gata y el santiagués matutino, y ni comían ni hablaban los novios... Poco á poco, el bienestar adormecía á misia Loreto, y ya no abría más que un ojo al estallido de una carcajada ó la voz del mozo que la brindaba una fuente.

Pensaba en Florita, en su retardo, en su situación y mala suerte, y á veces, aquel ojo que se abría lanzaba un rayo de rencor á la mesa frontera, ó se fijaba compasivo en la pletórica faz de D. Navigio, en amistosa conferencia con su plato. ¡Señor! ¿por qué no habían de gozar en paz del momento presente, y la negra idea del mañana turbaría siempre su satisfacción?

Caía de nuevo el rayo rencoroso enfrente, y el espectáculo de la abundancia, de la tranquila posesión de riquezas sin cuento, la irritaba. D. Valentín, terciada la servilleta, se levantó y vino á preguntarles por Florita, ocupando el asiento de ésta vacío, y ya se quedó allí, charla que charla, mentiras y verdades ingratas, más mentiras que verdades, como la supuesta historia de la mariposa que brillaba en el hombro de la Schlingen, y era, á decir de D. Valentín, el gaje conyugal del rompimiento con Rómulo, cuando el capricho no había aún decretado su reemplazo inmediato por Gabinito, lo que constituía el mayor timo del mundo en perjuicio del babieca del marido. Acerca de ello contaba detalles muy picarescos D. Valentín, sin que alcanzaran el favor de ser reídos, porque si alguna gracia tenían, no hacían ninguna á la pareja mohina, y aún menos la anécdota que circulaba acerca de la *Peregila* y su sorpresa en la Rambla con D. Gustavo á horas en que todos los gatos son pardos.

Misia Loreto, con dignidad señorial, cortó el resuello al maldiciente:

—¿Sabe usted que pasado mañana levantamos el campo?

D. Valentín no lo sabía, pero contestó que sí, y allá fué otra mentira: por Edelmira, la menor de las Asnabales, cuyo parentesco periodístico la hacía inapreciable para correr noticias. ¡Marcharse! ¿y por qué tan pronto? el mal tiempo no duraría mucho, y no era llegada tampoco la fecha marcada en el código de la elegancia.

—Asuntos de éste—dijo la señora, suspirando.

—Sí—afirmó D. Navigio,—me marean con lo de la Corte, y el Presidente me llama... Antes que todo, están mis deberes profesionales.

—¡Pues, claro!—asintió D. Valentín, convencido.

El escándalo de la mesa vecina les distrajo, y la mirada del gran Casuso se encendió rencorosa, como la de misia Loreto, enfermos los dos del mismo mal, pues á él